

FRAGMENTOS DE “DIARIO DE VIAJE DE UN NATURALISTA
ALREDEDOR DEL MUNDO” (EN EL NAVÍO DE S. M., «BEAGLE»)
CHARLES DARWIN



TRADUCCIÓN POR JUAN MATEOS

Primera edición 1939

BAHÍA O SAN SALVADOR (BRASIL).-29 de febrero: El día se me ha pasado deliciosamente; pero este calificativo no expresa con bastante fuerza los sentimientos del naturalista que por vez primera discurre a su albedrío en un bosque brasileño. La elegancia de las diversas clases de hierbas, la novedad de las plantas parásitas, la belleza de las flores, el verde lustroso del follaje, y, sobre todo, la general exuberancia de la vegetación, me llenaron de admiración (1). La más paradójica mezcla de ruido y silencio envuelve las regiones sombrías del bosque. El zumbido de los insectos es tan fuerte que puede oírse en un navío anclado a varios centenares de metros de la costa; sin embargo, en los lugares retirados parece reinar un silencio universal. Para cualquier aficionado a la historia natural, un día como éste le procurará placeres superiores a todo cuanto puede esperar, cuya repetición buscará vanamente en lo venidero. Después de vagar por algunas horas, regresé al lugar de desembarco; pero antes de llegar me sorprendió una tormenta tropical. Procuré cobijarme bajo un árbol, de tan espeso ramaje que jamás le hubieran penetrado las lluvias de Inglaterra; pero aquí en un par de minutos fluía un pequeño torrente a lo largo del tronco. A esta violencia de la lluvia debemos atribuir el verdor que alfombra el suelo de los bosques más espesos; si las lluvias fueran como las de los climas fríos quedarían absorbidas o evaporadas antes de llegar a la tierra. Por ahora no intentaré describir el magnífico paisaje de esta soberbia bahía, porque al navegar con rumbo a casa tocamos en este punto por segunda vez, y al llegar allá en mi relato tendré ocasión de extenderme sobre el particular.

FRAGMENTOS DE “DIARIO DE VIAJE DE UN NATURALISTA
ALREDEDOR DEL MUNDO” (EN EL NAVÍO DE S. M., «BEAGLE»)
CHARLES DARWIN



18 de diciembre.- Hemos salido a alta mar. El 20 nos despedimos del Sur, y con un viento favorable pusimos la proa al Norte. Desde el cabo Tres Montes plácidamente a lo largo de la alta costa, batido por las tormentas, y que es notable por el atrevido perfil de sus colinas y la espesura de la vegetación forestal, extendida por todas partes, aun sobre los riscos más escarpados. Al día siguiente descubrimos un puerto, que en esta peligrosa costa podía ser utilísimo a cualquier navío averiado. Puede reconocérsele con facilidad por un cerro de 480 metros de alto que es todavía más perfectamente cónico que el famoso pilón de azúcar de Río de Janeiro. Al día siguiente, después de andar, logré llegar a la cima de dicho cerro. La empresa fue trabajosa, pues en algunas partes las laderas eran tan verticales que hubimos de servirnos de los árboles, trepando por ellos como por escaleras. También había varias Fuchsia, cubiertas con bellísimas flores péndulas; pero era muy difícil arrastrarse a su través. En estas bravías regiones es delicioso ganar la cumbre de cualquier montaña. Se siente una secreta esperanza de ver algo muy sorprendente, que aun en el caso de quedar defraudada no deja de volver siempre que se ofrecen nuevas ocasiones. Todo el mundo debe de experimentar las emociones de triunfante satisfacción que comunica al ánimo la vista de un soberbio panorama contemplado desde una altura. En estos países, tan poco frecuentados, se une además la vanidad de ser tal vez el primero en tender la mirada por el horizonte desde un elevado pináculo casi inaccesible.

Siempre le asalta a uno el extraño deseo de comprobar si algún ser humano ha visitado anteriormente un sitio no frecuentado. Cualquier pedacito de madera que lleve un clavo se rompe y estudia como si estuviera cubierto de jeroglíficos. Embargado por tales sentimientos, me interesó mucho hallar en un punto salvaje de la costa una cama de hierba debajo de un saliente de roca. Junto a ella habían hecho lumbre y se veían las señales de un hacha. La hoguera, cama y sitio mostraban la destreza de un indio; pero difícilmente podía ser así, porque la raza se ha extinguido en esta parte, a causa del católico deseo de hacer a un tiempo cristianos y esclavos. Tuve a la sazón mis recelos de que el hombre solitario que había pasado la noche en aquel rincón apartado y desierto debió de ser algún pobre marino náufrago que llegó a él recorriendo la costa.

**FRAGMENTOS DE “DIARIO DE VIAJE DE UN NATURALISTA
ALREDEDOR DEL MUNDO” (EN EL NAVÍO DE S. M., «BEAGLE»)
CHARLES DARWIN**



29 de enero.-Por la mañana temprano llegamos al, punto en que el Canal del Beagle se divide en dos brazos, y entramos en el septentrional. El paisaje aquí acrece en grandiosidad. Las altas montañas del lado norte forman el eje granítico, o espinazo del país, y se elevan súbitamente 900 o 1.000 metros, culminando en un pico que sube a unos 2.000 metros. Están cubiertas de un amplio manto de nieves perpetuas; numerosas cascadas vierten sus aguas, por entre el bosque, en el hondo canal angosto. En muchas partes se extienden magníficos glaciares desde la ladera de los montes hasta el mar. Apenas es posible imaginar algo más bello que el azul berilo de estos glaciares, en especial por el contraste con la blancura mate de la nieve que corona las cimas. Los fragmentos que del glaciar han caído en el agua se alejan flotando, y el canal, con sus icebergs, presenta en un gran espacio una imagen en miniatura del mar polar. Después de halar los botes a la playa, a la hora de comer estuvimos admirando desde la distancia de media milla un acantilado de hielo, con la esperanza de ver desprenderse algunos bloques. Al fin se precipitó una gran mole con un ruido enorme, e inmediatamente vimos la blanda silueta de una ola que avanzaba hacia nosotros. Los hombres corrían a toda prisa a los botes, porque el peligro de ser despedazados era evidente. Uno de los marineros se asió a la borda en el preciso momento de romper la ola; fue volteado y sacudido de un lado a otro, pero sin recibir daño, y los botes, aunque levantados en alto por tres veces, para caer otras tantas, salieron indemnes. Fue para nosotros fortuna grandísima, porque estábamos a 100 millas del barco y nos hubiéramos quedado sin provisiones ni armas de fuego. Anteriormente había observado que en la playa se veían enormes fragmentos de rocas recién desplazados, pero no adiviné la causa de ello hasta que vi esta ola. Un lado de la pequeña abra estaba formado por un estribo de micacita; el final, por un acantilado de hielo de 12 metros de alto, y la otra vertiente, por un promontorio de 15 metros de elevación, hecho de fragmentos redondeados de granito y de micacita, en el que crecían añosos árboles. Este promontorio era evidentemente una morrena acumulada en un período en que el glaciar era de mayores dimensiones.

Cuando alcanzamos la boca oeste de esta rama septentrional del Canal del Beagle navegamos entre muchas islas desoladas desconocidas, con un tiempo desastrosamente malo. No encontramos habitantes. La costa era casi en todas partes tan escarpada, que habíamos de seguir por muchas millas hasta encontrar espacio en que armar nuestras dos tiendas; una noche dormimos sobre grandes cantos rodados, entre los que había algas podridas, y al venir la pleamar tuvimos que levantarnos y trasladar nuestros petates. El punto más occidental que alcanzamos fue la isla Stewart, a la distancia de unas 150 millas de nuestro barco. Volvimos a entrar en el Canal del Beagle por el brazo meridional, y desde allí seguimos, sin ningún percance.